

El valor del trabajo en la experiencia biográfica: confrontación de dos historias de vida comparadas*

Amalia Signorelli**

El tema y el método

La presente contribución se propone alcanzar, de manera aproximada, dos objetivos. Está basada en la comparación sistemática de dos historias de vida que no fueron recolectadas por mí, sino por otros. El primer resultado que me propongo obtener es, por lo tanto, metodológico: intento, de modo totalmente experimental, una comparación de textos recopilados por otros investigadores. Aclararé en breve cuáles son las condiciones que me parece indispensable respetar. El segundo objetivo es de contenido. Como veremos, las dos historias proponen, definitivamente, un núcleo temático central: el trabajo de los dos protagonistas. De algún modo, más que historias de vida, tienden a configurarse como historias de la vida profesional; y esto no a *causa* sino a *pesar del* esfuerzo de los entrevistadores por extender la conversación a otras temáticas. Se trata de dos trabajadores urbanos tradicionales, un obrero metalúrgico y un carpintero artesanal. Figuras productivas y profesionales que, en tiempos diferentes, han sido centrales en el sistema productivo urbano-industrial y son consideradas hoy día marginales y en vías de extinción. Más generalmente, son modalidades tecnológicas, económicas, sociológicas y culturales las que causaron que el papel de estos dos sujetos se considere en declive y destinado a desaparecer dentro del cuadro de una reorganización del sistema productivo que verá (y en parte ya ve) prevalecer un modo de producción electrónico, robotizado, informatizado, por cable.

* Presenté una versión más breve de este ensayo en la International Conference: *Urban Europe. Ideas & Experiences*, del Institut für Kulturanthropologie und Europäische Ethnologie der J. W. Goethe Universität, Frankfurt am Main, 20-21-XI-1992. Traducción de la versión italiana: «Due storie di vita a confronto», estratto da *Scritti in memoria di Sebastiano Lo Nigro*, Università di Catania, Facoltà di Lettere e Filosofia, 1994.

** Universidad de Nápoles

Sin embargo, la hipótesis de trabajo que orienta mis reflexiones sobre los dos textos no se inscribe en un horizonte de arqueología industrial o artesanal. Desde una perspectiva de análisis estructural, las dos historias de vida ofrecen materiales útiles para individualizar constantes (las constantes de la «fabrilità», según la expresión de Cirese); en una perspectiva histórica, éstas pueden ser interpretadas como dos variantes de aquellas constantes. En el marco de la antropología de las sociedades complejas, éstas ofrecen un ámbito de análisis y de reflexión aún más específico, el de la herencia cultural y de su transmisión, es decir, de la persistencia y de la mutación, en una palabra, de las dinámicas culturales. Innovación tecnológica, reorganización productiva, representación y *ethos* del trabajo están —y esta es la hipótesis general que me orienta— seguramente relacionados entre sí; pero no son isomorfos, ni isócronos, ni isótopos. Tampoco se puede demostrar, me parece, una relación causal entre ellos que actúe de manera uniforme, constante y unidireccional a cualquier escala y por cualquier fracción de tiempo.

Podemos decir que es bastante obvio que la complejidad social también se encuentra en la irreductibilidad de los sujetos sociales, individuales y colectivos y en sus vivencias; en oposición a la simplicidad de los esquemas interpretativos que ven los cambios como procesos irreversibles y lineales; y las relaciones como un *network* exclusivamente funcional.

La comparación entre las historias de vida de dos trabajadores urbanos puede ofrecer algún pequeño elemento más, añadir algo modesto pero específico a la interpretación antropológica de la complejidad que se está construyendo a duras penas.

Como es sabido, los criterios de la comparación en el ámbito antropológico son un tema clásico de las disputas entre los estudiosos. Me abstengo de entrar en la cuestión, dado que ésta trasciende en gran medida los fronteras de la contribución presente, y me limito a exponer las características que hacen plausible una comparación entre los dos casos presentados, características que discutiré en breve.

Generalmente es aceptado el principio de que los procedimientos comparativos pueden adoptarse legítimamente según la escala y las características de los elementos culturales que se quieren comparar, y según la profundidad y extensión de la comparación que se quiere operar.

En el presente caso se trata de un material recogido en el campo y perteneciente a la misma especie: historias de vida o, bien, narraciones autobiográficas orales. La legitimidad del proceso comparativo depende del material reunido. El primero de estos criterios se basa en que los dos protagonistas de las historias de vida, por un lado, tienen algunas características

sociobiográficas básicas en común, y por el otro, presumiblemente, nunca se conocieron. Si encontráramos convergencias en sus textos, por lo tanto, éstas podrán ser consideradas como independientes de los efectos de imitación, conformismo, mimesis, etcétera; las divergencias, en cambio, tendrán que ser atribuidas a factores presumiblemente distintos, respecto al contexto histórico-geográfico en que las dos vidas se ubican, puesto que éste se puede considerar, más o menos, el mismo, y por lo tanto equivalente a cero como variable explicativa de las diferencias.

El segundo orden de criterios que legitima una cierta comparación entre los dos textos está dado por la relativa estandarización de los procedimientos de investigación. La historia de G. fue recogida entre 1986 y 1987 por Raffaella Palladino, que utilizó el material para la redacción de su tesis de *Laurea*; la historia de vida de P. fue recogida en 1989 por Giuseppe Gaeta, que también utilizó el material para su tesis de *Laurea*.¹ Ambos estudiantes de sociología en la Università degli Studi di Napoli, tomaron los mismos cursos y seminarios de antropología cultural y antropología urbana y, particularmente, ejecutaron la misma práctica de adiestramiento para la recolección de los materiales orales. La formación análoga de los dos jóvenes investigadores es un elemento importante a favor de la comparatividad de los materiales de las dos entrevistas, en la medida en que permite asumir como un hecho un cierto nivel de estandarización en los procedimientos de investigación. La reunión de materiales autobiográficos orales y de historias de vida, es un instrumento particularmente útil para el trabajo antropológico de recolección de los datos, cuando el trabajo de campo tiene lugar en una ciudad.² En un contexto urbano es difícil practicar un estudio de tipo holístico de comunidades a través de conversaciones ocasionales e informales que, cuando la comunidad es pequeña y la estancia de estudio prolongada, terminan por involucrar a la mayoría de la población. Por otro lado, la investigación antropológica en el medio urbano se encuentra con nuevas dificultades también en el uso de los informantes nativos. No es que no se puedan encontrar también en la ciudad personas que tengan algunos de los requisitos que el antropólogo siempre ha

¹ R. Palladino, *La storia di vita di un operaio del Sud*, tesis de *Laurea* no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Carrera de Sociología, Università degli Studi di Napoli, 1987. G. Gaeta, *Il valore del lavoro. Dinamiche culturali di un mestiere nel contesto urbano napoletano*, tesis de *Laurea* no publicada. Facultad de Filosofía y Letras, Carrera de Sociología, Università degli Studi di Napoli, 1990. Me referiré a los textos de los dos autores de las tesis con notas bibliográficas normales, mientras que proveeré los fragmentos de las dos entrevistas citadas en el texto con la simple indicación de la página. La atribución a uno de los dos trabajos de tesis se comprende claramente en todos los casos.

² L. Passerini, *Torino operaia e fascismo*, Laterza, Bari, 1984.

buscado en sus informantes: honestidad mental y disponibilidad. Lo que será difícil encontrar en un medio urbano es ese tipo de competencia exhaustiva, ese total adueñamiento del tema y del contexto, y por lo tanto esa capacidad del informante de ser representativo, que se daba en las culturas tradicionales.

Sin embargo, en mi opinión, el desarrollo de la metodología y de la historia de vida no se debe solamente a la escasa aplicabilidad de las técnicas tradicionales de investigación. Un concepto adquirido y estable de comunidad se halla detrás del método de observación y de la observación participante; una idea estable y consolidada de la estratificación social sostenía la metodología de averiguación con muestras; una firme teorización de la estructura de clase de la sociedad legitimaba la adopción de metodologías, conscientemente y programáticamente «partisanas». Pero, como todos sabemos, la gran teorización está en crisis, y con ella la certeza del objeto de estudio y de los métodos apropiados para estudiarlo. De aquí que recurramos a metodologías, digamos, abiertas, o lo más abiertas posible, que no partan de una definición del objeto, sino que soliciten al objeto que se defina por sí mismo, en la red de sus interacciones, para que pueda objetivarse autónomamente, en la narración de sí mismo.

El material obtenido con el uso de este método de investigación, es muy diferente no sólo al de las series estadísticas, sino también al de las descripciones etnográficas tradicionales. Como ha sido muchas veces, y justamente, subrayado, lo que el antropólogo se lleva a su casa, son textos.³

¿Qué uso darles? ¿Cómo utilizarlos? Sin tratar de dilucidar ahora lo que es, lo que podría y lo que debería ser la interpretación de las culturas, me limito a exponer los criterios que han orientado el presente análisis. Este, vale recordar, no pretende ser más que un primer intento.

Un texto demanda una interpretación. Esta a su vez puede legítimamente proponerse como totalmente idiosincrática: la aceptaremos como tal. Pero si una propuesta interpretativa aspira a ser compartida, tendrá que estar basada en reglas objetivables, que puedan ser evaluadas, criticadas y reutilizadas por otros.

Me parece que se puede satisfacer esta exigencia, por lo menos parcialmente, si se basa la interpretación en un trabajo sólido de filología del texto y de contextualización de los contenidos de la narración.

No quiero desarrollar ahora esta propuesta con todas sus implicaciones. Me limito a exponer algunas modalidades concretas que he utilizado para analizar las dos entrevistas en cuestión. Estas son:

³ J. Clifford & G.E. Marcus, *Writing Culture*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1986.

1. La localización de los temas o bloques temáticos, y el cómputo del número de páginas de la transcripción que cada uno de ellos ocupa.

2. La especificación de la cronología expositiva y la cronología biográfica de cada una de las entrevistas y la comparación entre ellas y la cronología histórica.

3. El análisis cuantitativo y cualitativo de los pronombres personales en la narración.

4. La denotación de las imputaciones de valor (negativo, positivo) relativas al pasado, al presente, al futuro.

La primera y la tercera modalidad de análisis están más atentas a la estructura interna de los textos, la segunda y la cuarta relacionan algunos contenidos de las narraciones con algunos de los contextos de referencia posibles. Este trabajo de interpretación, conducido con modalidades análogas en los dos textos, constituye el tercer criterio de legitimidad de la comparación.

Los protagonistas de las dos historias de vida son dos sujetos de sexo masculino. El primero nació en 1925, el segundo en 1936, y aunque no son coetáneos se les puede considerar pertenecientes a la misma generación, habiendo nacido ambos antes de la Segunda Guerra Mundial.⁴ Tienen en común el estado civil, estando ambos casados con prole (cuatro hijos el primero, dos el segundo) y niveles de escolarización similares: diploma de escuela primaria el primero, y diploma técnico comercial el segundo. Ambos son «napolitanos» en sentido amplio, ya que ninguno de los dos nació ni viven en el interior de los límites históricos de la ciudad de Nápoles, sino que ambos nacieron y viven en aquella corona de asentamientos que medidas administrativas y reales gravitaciones socioeconómicas integraron progresivamente en el área metropolitana partenopea.⁵

El primero de los entrevistados, que desde ahora llamaré G., es de Pozzuoli; el segundo, que desde ahora llamaré P., nació y vive en la llamada «área oriental», entre San Giorgio a Cremano y San Giovanni a Teduccio. Vale la pena subrayar que, aún con sus diferencias, tanto el área oriental como el «área occidental» (expresión con la cual se designan en Nápoles los asentamientos al oeste de la ciudad sobre el Golfo de Pozzuoli, de Bagnoli a Pozzuoli misma), además de compartir una historia análoga de relaciones con el centro urbano; ambas fueron áreas de asentamiento de industrias bási-

⁴ La Segunda Guerra Mundial es, sin duda, un evento periodizante, si se mira la historia «desde abajo», es decir, desde el punto de vista subjetivo de los protagonistas de las dos entrevistas.

⁵ G. Galasso, *Intervista sulla Storia di Napoli*, a cura di P. Allum, Laterza, Bari, 1978, p. 226 ss. «Partenopea» significa «napolitana» (N. de T.).

cas y de extensas colonias obreras, y, se podría decir en consecuencia, áreas de participación política vivaz y fuertemente caracterizada.⁶

Las características biográficas comunes entre los dos entrevistados terminan aquí: de hecho, su competencia y su condición profesional son diferentes. G. es un trabajador dependiente: es obrero metalúrgico, hojalatero, como él mismo se define todavía, aunque agregando inmediatamente «hoy las láminas no las enderezamos ya a mano»; trabaja en un establecimiento que cuenta con unos mil dependientes y una historia secular de producción en la mecánica pesada. Hoy la fábrica produce locomotoras y material rodante para ferrocarriles. Por el contrario, P. es un trabajador independiente, un artesano con su propio taller; es más, él mismo se define «un carpintero puro» o también «un carpintero de verdad».

Condiciones profesionales diferentes, por lo tanto, y como veremos, trayectorias profesionales distintas. Algunos rasgos objetivos, que los dos sujetos mismos indicaron, son sin embargo comunes a las dos experiencias de trabajo. P. trabajó por seis años, entre 1963 y 1969, como dependiente de una pequeña empresa familiar de carpintería. Por lo tanto él no ignora del todo el «trabajo con un jefe»; en cambio, G. es un obrero de oficio, altamente calificado, que dice de sí y de sus compañeros: «...antes trabajábamos todos como artesanos, luego vinieron las piezas, las máquinas...». A su vez, por lo tanto, G. no ignora del todo la experiencia del trabajo «creativo».

Los bloques temáticos

En el análisis de la historia de vida de G., Raffaella Palladino aisló cuatro bloques temáticos.

Tres de estos se encuentran puntualmente en la entrevista de P., es más, agotan su contenido, que puede ser clasificado sin forzar los tres bloques. Al contrario, el cuarto tema de que habla G., el *bradismo*,⁷ está totalmente ausente en la entrevista de P., ya que no forma parte de su experiencia de vida. Esta diferencia entre los dos textos no me pareció tal que obstaculizara la comparación entre ellos en el eje de los otros tres bloques temáticos. Por bloque temático entendemos el trato compacto y algo duradero de un tema que el entrevistado propone y a veces repropone. En el curso de la exposición, el tema debe ser dominante, debe quedar en el centro del desarrollo, por decirlo así,

⁶ IRES, *Napoli dati, statistiche sociali, documentazione e fonti*, Franco Angeli, Milano, 1987, p. 251, tav.15-10.

⁷ Movimiento sísmico y cíclico lo suficientemente fuerte como para producir la caída de edificios. (N. de T.).

y las referencias a otros temas deben ser accesorias, subordinadas. Si en dos entrevistas distintas dos sujetos proponen dos bloques temáticos que se corresponden, no parece arbitrario comparar estas partes; en cuanto a la comparación global entre las dos entrevistas, ésta puede ser más o menos justificada por la riqueza o pobreza del sistema complejo de correspondencias temáticas. En nuestro caso, el tema del *bradisismo* está presente solo en una entrevista. Mientras que para muchos habitantes de Pozzuoli «todos los aspectos de la vida cambian desde el *bradisismo* en adelante y ese condiciona cada tipo de elección»,⁷ esta no parece ser la situación de G. mucho más significativa la fractura determinada por las luchas sindicales del denominado «otoño caliente».

Con fundamento en estas evaluaciones, hice una comparación entre las dos entrevistas a lo largo del eje de los tres temas comunes a ambas, y creo que, en la fase conclusiva, podré compararlas también en su globalidad.

El primer tema es el del *trabajo*. En éste, además de las vivencias laborales, Palladino incluye las experiencias sindicales y políticas de G., que el sujeto presenta como enredadas con las del trabajo, es más, como parte integral de las mismas. En términos cuantitativos (tiempo de narración medido sobre las páginas de la transcripción), esto es sin duda el tema tratado más amplia y articuladamente en el texto. En la entrevista de P., el tema del trabajo ocupa un espacio aún más extenso, alrededor del 90 por ciento del texto. Y si para G., la experiencia laboral es el álveo que recoge y plasma las experiencias políticas y sindicales, en P. a través de la misma experiencia laboral se filtra la narración relativa a otros ámbitos de su vida: sus ascendientes, por ejemplo, padre y abuelo, entran en su historia en cuanto y sólo en cuanto le enseñaron el oficio; la ciudad es sobre todo el lugar de sus movimientos laborales, etcétera. Verificaremos sucesivamente cómo esta preponderancia del tema del trabajo en ambas entrevistas, es confirmada en los resultados ofrecidos por los otros procedimientos de análisis que adoptamos.

El segundo tema definido por Palladino es el de la *familia y el parentesco*. En la entrevista de G. las informaciones sobre la familia de origen y sobre la familia conyugal son escasas, fragmentarias y casuales. Con una única excepción: las siete páginas dedicadas a «*Tatonn'a Furnara*» (Antonio, «hijo» de la panadera), marido de una hermana de la madre de G., es decir, su tío materno político, el cual tuvo un único hijo que murió pequeño. Por esta razón, marido y mujer se encariñaron mucho con los hijos de la hermana de ella. Además, la razón por la cual G. recuerda tan vivamente a un pariente muerto cuando él, G., tenía sólo

⁸ Palladino, *op. cit.*, p. 67.

ocho años, no es sólo afectiva; este *Tatonn'a Furnara* «era un jefe-sociedad que residía en Pozzuoli ...*nu capo guappo, proprio il masto*,⁹ y se casó con mi tía, tuvo un hijo y hace muchos años cometió un homicidio y se fue a la cárcel». Tendremos que volver sobre este notable personaje que en la historia de vida de G. ocupa un papel de gran relevancia, más simbólico que real.

Las noticias que P. ofrece sobre su propia familia no son casuales ni fragmentarias, sino extremadamente sintetizadas: él nos informa que su familia conyugal «está compuesta por: el papá, la mamá, y dos hijos, una mujercita de diecisiete años y un varoncito de catorce». Esto es todo. El tema no será retomado. Como ya dijimos, tendremos noticias de su padre, su abuelo, un tío suyo aún con vida, que él visita a veces; pero éstos entran en la historia como carpinteros que le enseñaron el oficio. Sólo a solicitud del entrevistador P. habla de su propio hijo varón, y de nuevo, a propósito del trabajo y sólo del trabajo. Hay que subrayar una circunstancia común a ambas entrevistas, que requerirá una reflexión ulterior: los puntos cruciales de la relación de los dos protagonistas con sus respectivas familias, emergieron en sedes extra entrevista, con la grabadora apagada, durante un momento de confianza personal concedida a una persona (el entrevistador, la entrevistadora), en la cual aprendió a confiar. Palladino comprendió así que la gran preocupación de G. es la «seriedad» de su esposa y de sus hijas, cuyo honor cree tener que cuidar imponiéndoles un modelo de vida «retirada», que las mismas interesadas rechazan y juzgan muy arcaico. Es por demás significativo ver como la esposa de G. (en un coloquio con Palladino) justifica de todos modos la actitud del marido.

También Gaeta comprendió, con la grabadora apagada, cuál es el *punctum dolens* de la vida familiar de P.: «El hijo varón sufre de un malestar de la vista que le hace peligroso el uso de maquinarias como las que tiene la oficina de P. en su interior».¹⁰ No podemos evitar de preguntarnos por qué precisamente estas noticias quedaron fuera de la entrevista, fuera de la narración que constituye, por así decirlo, el texto oficial de la autorrepresentación y por qué no se han callado del todo, como pudo haber sucedido y muchas otras seguramente lo fueron.

El tercer bloque temático es definido por Palladino como *lugares y las relaciones*, término que, según precisa, incluye «todo lo que puede ser incluido en sentido amplio en el área de la socialidad».¹¹ Se trata evidentemente de aquella parte de la socialidad que se realiza fuera de y sin conexiones directas con el trabajo. Son temas que ocupan una parte menor de la entrevista de G., pero que

⁹ Un jefe de la Camorra (mafia napolitana), el mero jefe (N.del T.).

¹⁰ Gaeta, *op. cit.*, número 2, p. 174.

¹¹ Palladino, *op. cit.*, p. 67.

se organizan alrededor de un punto de referencia: el *Rione* (barrio) Terra di Pozzuoli, el antiguo y precioso barrio construido en el sitio de la acrópolis de la edad clásica, que da hacia el mar y se concentra alrededor de la catedral y del palacio obispal; es el barrio donde G. nació y pasó la primera parte de su vida. El «Rione Terra» fue desalojado forzosamente en 1970, a causa de una crisis de *bradisismo* que amenazaba la estabilidad del barrio. G. y su familia vivieron como siete años en departamentos más o menos provisionales, hasta que, en 1977, obtuvieron un departamento en la colonia I.A.C.P. de Toiano, donde todavía viven. G. hace comparaciones repetidas entre la antigua manera de vivir en el Rione Terra y la nueva manera de vivir en Toiano; en cambio, se extiende menos, como ya dijimos, en el *bradisismo* y sus efectos no sólo geofísicos, sino políticos y sociales, y esto a pesar de que, al momento de hacer la entrevista, no había terminado aún la larga y dolorosa crisis *bradisísmica* de 1983-1984.

Así como para hablar de la familia, también respecto a sus procesos de socialización y su sociabilidad, P. es más conciso que G. No sólo las noticias no son abundantes, sino que es evidente la falta de interés del narrador en desarrollar ciertos temas que claramente considera irrelevantes. Comprendemos así en pocas líneas que P. está inscrito a un círculo de amantes de las bicicletas, que frecuenta los sábados por la tarde para organizar con los demás, los paseos dominicales; «El domingo, vamos a hacer un lindo paseo, o si la hay, vamos a asistir a una reunión ciclista en nuestra región... luego regreso a mi casa, después de una buena ducha hay comida con la familia... y en la tarde, digamos, me quedo con la familia o salgo para una visita... así, nada más, y después, al otro día... al otro día comienzo una nueva semana de trabajo» (p. 237). Ni un comentario, ni un detalle que ilumine la tonalidad afectiva, el valor que P. atribuye a estas relaciones. Y son las únicas relaciones que menciona: las demás figuras humanas que pueblan el mundo de que P. nos cuenta, son todos clientes, abastecedores y colegas carpinteros; un par de vecinos que menciona, son vecinos del taller, no de su vivienda.

Las dos entrevistas, por lo tanto, tienen un carácter común muy significativo: la marcada predominancia de las temáticas del trabajo sobre cualquier otro tema. Veremos como también los otros niveles de análisis confirman este dato.

Las cronologías

En la historia de vida de P. aparecen pocas fechas, que no se suceden según una cronología formal, pero siguen el curso de la narración. La primera es su fecha de nacimiento (1936), la segunda son sus doce años (el año correspondiente, 1948, no se menciona), edad a la cual empezó a frecuentar como ayudante el

taller de su padre y de su abuelo, ambos carpinteros, mientras estudiaba; sigue 1970, año en que alquila el local donde actualmente está todavía su taller y «se pone en propio»; luego recuerda los años 1963 y 1969, inicio y fin del periodo en que trabajó por un salario, es decir, como obrero en otra carpintería; varias veces usa la expresión «son diecinueve años», a propósito de su condición profesional actual de artesano independiente, y de las responsabilidades, competencias, satisfacciones, ganancias, etcétera, que obtuvo de su trabajo. Otras referencias temporales son más genéricas: «En esos tiempos cuando inicié... (a trabajar en propio)» o si no: «...y después vino el IVA...»; «...en los inicios vino un inspector...»; en fin, son muy genéricas las referencias temporales que P. utiliza para describir y evaluar los cambios que se verificaron en su trabajo: «Hace cincuenta, cien años...» «en los años cincuenta, años sesenta...» «...estamos en el siglo XX...». Esto es todo. Las pocas fechas de su vida que P. recuerda registran una sola anticipación respecto a la cronología real: 1970, año en que «se metió en propio», se citó antes de que se diga qué cosa hizo el narrador en los años anteriores.

G. inaugura, por así decirlo, triunfalmente, su propia cronología en 1940, fecha de su contratación en la fábrica; sigue inmediatamente la fecha de nacimiento, indicada indirectamente a través de la precisión de que tenía quince años cuando entró en la fábrica. Tres fechas se siguen a continuación: 1943, la fábrica es destruida por el ejército alemán; 1945, el trabajo vuelve a iniciar en una sede provisional a comisión de los ejércitos aliados; 1946, el regreso a la sede de la fábrica en Pozzuoli: la sede fue reconstruida, la firma cambió de nombre. Sin interrumpirse, el cuento llega a 1958 y al bienio 1958-60, caracterizado por la reducción de la actividad de la fábrica, despidos o transferencia de los obreros hacia otras sedes, y una gran movilización de la mano de obra afectada, con huelgas, manifestaciones y enfrentamientos callejeros, que al final obtienen que la firma se transforme otra vez y garantice la ocupación en Pozzuoli. En este punto, la historia laboral cede el lugar a la historia personal y familiar, y dos fechas marcan este ámbito: 1970, el año del primer *bradismo* y de la evacuación del Rione Terra, y 1977, el año de la asignación del departamento en Toiano. Pero casi inmediatamente el cuento regresa al tema del trabajo: los años cincuenta y las durísimas condiciones de trabajo y luego el '68, el año de la explosión que cambió todas las cosas: el «boom del '68... esto ustedes lo saben... pero antes estábamos bastante... oprimidos». Como nota justamente Palladino «[1968] es para él una fecha que conscientemente vive como un momento de ruptura con el pasado». ¹² En la entrevista se menciona

¹² *Ibidem*, p. 55.

también una fecha no indicada de los años treinta («...cuando tenía ocho años...»); luego la narración se vuelca hacia el pasado próximo (los efectos del *bradisismo* en la vida en la fábrica y el ciclo productivo) o hacia el presente y hacia los cambios que ello produjo en el pasado.

La historia de G. con respecto a la de P., así como es más rica en la articulación de los bloques temáticos, también es más rica en fechas, en referencias temporales precisas, y también más señalada por inversiones y anticipaciones que permiten apreciar, en cierta medida, los recorridos de la memoria. Hay dos elementos en común pero articulados en forma diferente: también para G. la mayor parte de las fechas importantes están ligadas a su vida laboral, pero, al contrario que P., ninguna fecha, ni siquiera la de la contratación, es considerada un evento rigurosamente personal, que lo haya comprometido a él y sólo a él. Son puras fechas, por así decirlo, colectivas: y el protagonista colectivo del evento puede ser «los jovencitos y las mujeres» que, estando los hombres al frente, en 1940, eran contratados en la fábrica; o las cuadrillas obreras de su fábrica, o la clase obrera de Pozzuoli o de Nápoles; o, como en el '68, toda la clase obrera italiana que luchaba para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo: aquí es mucho más fuerte el contraste con el rígido individualismo autobiográfico de P.

Hay otra diferencia considerable. No pocas de las fechas que configuran la existencia de G. coinciden con fechas que figurarían en un texto de historia local, nacional o hasta mundial, como 1940 y 1968. G. es consciente no sólo de esta coincidencia, sino del hecho de que ésta se verifica justamente porque el curso de su existencia personal está ligado estrechamente con eventos «históricos». Al contrario, las fechas evocadas por P. marcan todas eventos privados, y la eventual coincidencia con fechas «históricas», como por ejemplo el año de 1969, no suscita en el narrador ninguna reflexión de orden general.

En ambas biografías está ausente el calendario de los afectos, las fechas de la privacidad familiar, tanto aquellas, por decirlo así, canónicas (matrimonio, nacimiento de los hijos, etapas de la vida de éstos, etcétera) así como otras, tal vez más ligadas a eventos especiales de las biografías individuales. Los eventos deben tener características de catástrofe natural, como el *bradisismo*, y comportar la pérdida de la casa, para que G. le dé un espacio en su historia. Obviamente nuestros dos protagonistas tienen una vida privada: sin embargo, ambos prefieren no hablar de ella. A la luz de este dato hay que calificar las excepciones que lo contradicen: el largo tratamiento de la historia de *Tatonn'a furnara* en G. y las confidencias sobre la familia que ambos departieron fuera de la entrevista.

El uso de los pronombres personales

Esta modalidad exegética nos fue sugerida a partir de la lectura de la historia de G., en la cual parecía hacia un uso particular de los pronombres personales, uso que confirmaron ampliamente los pacientes cálculos de Palladino.

La narración de G. no se desarrolla teniendo como protagonista siempre la misma persona pronominal. Desde una primera lectura se evidencia una alternancia entre fases de la narración que tienen como protagonista el «nosotros», la primera persona del plural, el «ellos», tercera persona del plural, y de la narración que tiene como protagonista el «yo». El cómputo que hizo Palladino de las formas verbales, y el análisis sucesivo de las variaciones *persona pronominal / tema de la narración*, permitieron alcanzar dos conclusiones: la mayor parte de la autobiografía oral de G. está narrada en primera persona del plural, una segunda parte mucho menos extensa que la primera, está narrada en tercera persona del plural, y una parte muy pequeña está narrada con la primera persona del singular.

La *variación pronombres / temas* se configura como sigue:

—tema del trabajo, del sindicato, de la política; narración en primera persona plural;

—tema de las relaciones y de los lugares; narración en tercera persona plural;

—tema de *Tatonn'a furnara*: narración en primera persona singular.

El análisis puntual cuantitativo, que Palladino hizo del texto, permite afirmar que las variaciones son sistemáticas, no casuales, y nos autoriza por lo tanto de atribuir a éstas una función semántica, suponiendo que estén cargadas de significados. Esto aparece aún más creíble, en cuanto que la historia de P. contiene también variaciones recurrentes de las personas pronominales y de los temas, aunque de contenido totalmente diferente: P. narra utilizando la primera persona de singular prácticamente durante toda la entrevista, que como vimos, habla casi sólo de su trabajo; a veces, sin embargo, aparece la tercera persona del singular, vinculada tanto a formas impersonales del verbo, como a un sujeto-persona general, diríamos, ejemplar: el carpintero. En ambos casos el contenido de las proposiciones no es sólo narrativo, se hace a menudo descriptivo o cognoscitivo.

Ahora intentaremos hacer una interpretación cultural del significado de estas variaciones, tomando como punto de partida, por supuesto, los procesos de identificación cuyo síntoma es el uso de los pronombres personales en conexión con ciertos temas, donde se especifican analíticamente los significados y los valores contenidos en las identificaciones localizadas.

Empecemos por ver cuáles son los objetos de la identificación de los dos narradores.

El plural que usa insistentemente G. nos remite en primer lugar y de un modo tan explícito que parece casi un estereotipo, a aquel sujeto colectivo con el cual, más que sentirse parte, él se identifica totalmente: la clase obrera. Esta puede aparecer como la unión de los compañeros de fábrica o como las cuadrillas obreras de las instalaciones de Bagnoli y Pozzuoli, en lucha para defender la ocupación o como la clase obrera italiana, empeñada en su totalidad en hacer explotar el «boom del '68». La identificación de G. no es menos convincente, su «nosotros» no carece de calor y perspicacia variando la escala referencial. La clase obrera es aquella entidad concreta y universal al mismo tiempo, la fuerza que garantizó el trabajo a los de Pozzuoli («Esta huelga fue para que la fábrica se quedara en Pozzuoli y para que no muriera, para la economía, para la juventud» (p. 4) y garantizó dignidad a los trabajadores», «la gente veía al jefe, tenía que saludar al jefe... pero ¿por qué uno tenía que saludar el jefe? ¿Que está antes de mí, que yo tengo que saludarle? ...mientras que hoy, con la emancipación, hay más libertad...») (p. 46). De esta fuerza, para algunos amenazadora («Pozzuoli tiene una tradición, cuando se hablaba de Pozzuoli se temblaba») (p. 49), pero justamente por esto, liberadora para él y para aquellos como él, él, más que sentirse beneficiado y protegido, se siente parte integrante. La distinción entre «yo» y «nosotros» no se manifiesta porque no tendría nada que expresar.

Pero el «nosotros» de G. tiene otro valor, que se articula a partir del valor que hemos examinado hasta aquí, y sin embargo, en cierta medida, es distinto: es el «nosotros» que designa «nosotros fábrica», como se nota en expresiones del tipo: «Hacemos unos carritos, hacemos unos coches... ahora estamos haciendo, no sé bien, cien-ciento cuatro locomotoras... no podemos ya trabajar como antes porque además cuestan más y no podemos competir en el campo internacional...» (p. 39), o también, con tonos vivamente preocupados, cuando se habla de las consecuencias que tuvo el *bradisismo* para la empresa: «...éramos un establecimiento que caminaba bien, y ahora hay miedo por el *bradisismo*... si vienen otros temblores y llegan a dañar [los rieles de] la Ferrovía Cumana, se acaba también el establecimiento, porque ya no salen los coches... ahora tenemos tres o cuatro piezas [vagones, locomotoras] que tuvimos que detener, pero continuamos haciendo otras piezas. Ahora no se, si no se libera la Cumana, no se hasta donde podremos llegar... [hasta cuando podremos resistir con las explanadas llenas]» (p. 41).

Valen aquí, como comentario de esta relación entre G. y la empresa en la cual trabajó toda la vida, las inteligentes consideraciones de Palladino, que cito íntegramente:

¿Es posible que un obrero como él, que conoce demasiado bien la lucha de clases, pueda confundir, entre nosotros obreros y nosotros fábrica, olvidando que no sólo la fábrica no es los obreros, sino tampoco es de los obreros? ...Teniendo en cuenta el orgullo con el cual habla de toda la estructura productiva («teníamos una impresión arriba, una impresión que casi no se encontraba en toda Italia»), parece más probable que esta fábrica, cuya suerte se comparte y de la cual se es responsable en la conciencia que es fuente de bienestar («una vez terminada la fábrica en Pozzuoli, la economía de la ciudad caería también por los suelos»), es una entidad no ajena, no enemiga, sino un bien colectivo por el cual luchar... se podría decir que existe para G. una relación positiva con las máquinas, sus instrumentos de trabajo en nombre de un principio práctico y crudo que podría ser más o menos este: «Mejor obreros que muertos de hambre». Salvo después, se entiende, hacer valer en cada ocasión los propios derechos.¹³

La identificación compleja entre narrador, clase obrera y fábrica es confirmada al *contrario* por el uso que él hace del pronombre «ellos». En la narración autobiográfica de G., «ellos» sirve para designar dos categorías de personas. La primera comprende a todos aquellos que se oponen a «nosotros»: los jefes y el patronato obviamente, pero también los poderes políticos y administrativos en expresiones como: «...querían trasladar las fábricas al interior... dicen que están construyendo las casas en Monteruscello... hoy todavía tienen que liquidar a los propietarios» (p. 16). Más sorprendente y en cierto sentido más significativo es el uso de «ellos» para indicar los habitantes del Rione Terra, parientes, vecinos, conocidos. Es claro que aunque ligado por un profundo afecto al recuerdo de aquellas personas y por una profunda nostalgia a los lugares de su infancia, G. rechaza identificarse con «ellos».

«Gente normal, gente sincera, gente que vivía al día pero era de una sola pieza de corazón, tenían toda una tradición... He aquí, era gente que se ayudaba entre ellos. Uno se asomaba a la ventana, y hablaba por aquí y por allá, porque estaban apretados, había gente que dormía en casas donde no se podía vivir, pero, hay que decir, aquella gente era feliz» (pp. 8-9). El

¹³ *Ibidem*, p. 74.

obrero moderno, emancipado, sindicalizado, en lucha por la defensa de sus derechos, no puede identificarse con el *lumpenproletariado*: y no se escapa, hablando, a una sospecha de paternalismo.

También la identidad de P. es construida sobre todo y principalmente sobre la base de su trabajo: al igual que G., no trabaja como el obrero, pero es obrero, así P. no trabaja como carpintero, pero es carpintero; es más, según su expresión, es un «carpintero puro», un carpintero «de verdad». Pero si el proceso de identificación de G. pasando por la competencia de oficio y la corresponsabilidad gestional de las estructuras productivas, se remite a la identificación con el gran sujeto colectivo, la clase obrera, y adquiere así valores sindicales, políticos, históricos, al interior de los cuales se sitúa y se define el destino individual, el recorrido de P. es totalmente diferente. El referente de su identidad y la meta de su identificación no es un sujeto económico y político de naturaleza colectiva, sino tal vez un modelo profesional individual, una especie de tipo ideal, con valor no sólo descriptivo, sino prescriptivo, frente al cual su autobiografía asume las características de un camino de acercamiento progresivo. G. prefiere perder las características que hacen de él un obrero de oficio, calificado, diferente y a lo mejor más capaz que los otros, para salvaguardar, en otras palabras, la fuerza, el poder contractual de la clase obrera. Para P., al contrario, la competencia, la habilidad, el dominio de las técnicas y aquel «saber de la mano», cuya naturaleza no algorítmica conoce perfectamente «...en nuestro oficio no te enseñan como en la escuela. ¡Eh! ...miras al abuelo, miras al papá, miras a otro maestro, miras esto, miras aquello y poco a poco empiezas a memorizar todo lo que miras, al punto de poderlo luego realizar por tu cuenta» (p. 201); «Y luego en virtud de la propia posibilidad de recordar las cosas o en virtud de la propia inventiva, digámoslo pues, se pueden realizar varios trabajos» (p. 323), todo esto es el fundamento y la sustancia misma del ser «un verdadero carpintero». Es lo que le vale la estima de los colegas, la fidelidad de los clientes y —como sucede en diversos episodios que él recuerda con cierta complacencia insistente— el respeto de los que, engañados antes por el uniforme que él viste y por su aspecto sencillo, lo subvaloran; pero que viéndolo trabajar, constatando la competencia y la habilidad con la que domina el proceso técnico y la belleza de los trabajos finales, tienen que retractarse reconocerle el título de *masto*, maestro.

Solo en su oficina, sin fuertes lazos con ningún grupo o categoría, también P. conoció la humillación y la superación. Pero, lo que para G. es un producto del «boom del '68», adquiere para P. la forma «canónica» del siguiente episodio:

Un día vino un señor aquí al taller y quería perforar un trozo de madera con la máquina, y yo le dije «Por favor, acomódese»... Pero, antes, me preguntó por el titular... y yo le dije «soy yo». Pero éste lo primero que hace es revisarme de la cabeza a los pies ...y me hace la primera revisión. Empezamos a trabajar, y dice: «Yo a esta tabla le haría también unos cortes, para construir el timón de un barco». Digo: «Está bien, hágame un trazo de este timón... ¿tiene usted un croquis, un dibujo? ¿Tiene una medida?... Y después tal vez se lo corto...»; y él dice: «Está bien, entonces dame el metro...»; «No hay de que», digo yo. «Y dame también el lápiz». «No hay de que». Se apoya en el aparador, hace el trazo y luego dice: «Aquí está, puedes cortar...». Yo miro este trozo, lo miro brevemente a él y me digo: «Mira nada más, este... antes entra aquí y busca el titular; ahora me dice dame esto y dame aquello, puedes cortar... Me parecía un poco extraño aquél corte, y le dije: «¿Pero usted está seguro de esta medida? ¡Porque yo a cortar me pongo de inmediato!». Y él: «Sí, sí, anda, corta, corta». Yo acciono la máquina, vrrrrrrmmmmmmmm y corto y le doy la pieza en mano. El la mira... y dice: «Dame el metro pues», va y lo mide y era de diez centímetros más corta... y ¿qué hace? Avienta el metro al piso, buuum, y «¿Cómo pude haberme equivocado en la medida?» Justamente, yo le dije: «No hay mal que por bien no venga: porque si la tabla de este timón es de una sola pieza, es fácil que se deforme toda apenas lo ponga en el agua... Ahora, de la pieza que cortamos, nosotros haremos un pedazo para ensamble, de lado, de modo que impida que se curve la madera». Pero, todo esto dicho un poco ásperamente, tratándolo de tú como él me había tratado, y tratándolo como un aprendiz de taller... Cuando este vio que se le trataba de ese modo, dijo: «¿Qué tipo de trabajo hacen aquí?» Ya usando el usted, (en realidad el ustedes) y ya no el tu, nótese esto. Digo: «Aquí hacemos trabajo de carpintería... todo lo que es de madera nosotros lo hacemos». Dice «No, porque yo soy ingeniero, tengo una empresa de construcción...» (pausa). All'anima r'ò chiviche! E tu pirció m'ä ritte 'ramm' o metro' e 'ramm' o lapis', solo pecchä si 'ngegnere e mp' pecchä me dai il lei!!!. [¡Con un demonio! Por eso me decías «dame el metro» y «dame el lápiz», sólo porque eres ingeniero, ¿y ahora me tratas de usted?]

En fin, moraleja de la fábula, con ese señor al final nos hicimos amigos... (pp. 279-281).

La experiencia al final se condensa y se sintetiza en la constatación sentenciosa:

Por lo tanto el hábito hace el monje... Muchas veces tendrías que quitarte el uniforme... ¿pero todos aquellos que visten el uniforme tienen la posibilidad de quitárselo? (p. 282).

Como observa Gaeta, el carpintero P. tiene un escudo para oponerse a lo que en el mundo le es hostil, humillante o hasta amenazante:

...la gratificación personal, presentada casi idealizada, con tintes sugerentes propios de la atmósfera quijotesca de la cual el entrevistado se rodea. El es el último o uno de los últimos de una gloriosa especie de artesanos, el que, a pesar de haber adquirido conocimientos y familiaridad con nuevos métodos y nuevas reglas de producción, conserva en su propio taller, en un sótano que funciona como museo privado y tabernáculo, los antiguos vestigios de un trabajo que sólo pueden reanimar unas manos expertas como las de él, restituyendo la capacidad creativa original... Frente a la problemática de lo cotidiano, a la dificultad de reencontrar un sentido para las propias acciones más allá del ámbito restringido del taller, la ejecución representa «otro» momento, un momento en el cual las contradicciones aparecen superadas temporalmente. Tal característica del acto constructivo resulta directamente proporcional a la calidad de la manufactura, calidad que se mide sea en función del nivel técnico incorporado en el producto, sea en el grado de creatividad consentida por el cliente y desarrollada por el artesano.¹⁴

Con base en el análisis realizado hasta aquí, se pueden asumir como acertados dos puntos: para ambos protagonistas de las autobiografías orales, existe un nexo bastante fuerte entre el trabajo que hacen y la identidad que se construyeron; o mejor, la identificación con el desempeño profesional es la base más sólida y consistente de su identidad personal. Paralelamente e inversamente, los contenidos de la identidad personal parecen variar entre los dos al variar el desempeño profesional: para G. la identidad se consolida y se define en la solidaridad, es más, en la coincidencia del destino individual con el colectivo; para P. en la persecución constante y tenaz de un destino de excelencia individual.

¹⁴ Gaeta, *op.cit.*, pp. 178-180.

Pero, el análisis se puede ampliar sobre la provisión de una inteligente hipótesis de trabajo de Angioni, retomada también por G. Gaeta. Escribe Angioni:

...el trabajo, lejos de dejarse reducir a sus de por sí complejas dimensiones económicas, es una especie de «ir más allá» demartiniano, no sólo en la producción de bienes y servicios, sino también en las relaciones entre hombres y naturaleza, en la conciencia de sí mismos y del mundo, en donde los individuos y las sociedades se hacen en un presente que no sólo recupera el pasado y la tradición (el trabajo debe reproducir todas las condiciones de sus posibilidades), sino que está dirigido hacia el futuro y la mutación.¹⁵

Me parece que las dos hipótesis que Angioni propone se comprueban con nuestro material. En el trabajo de estos dos hombres, o mejor dicho, en su modo de concebir el trabajo, hay un elemento trascendental. Para ambos, aunque de forma diferente, el trabajo no es sólo respuesta a necesidades primarias, de supervivencia; no es sólo fundamento de la identidad, entendida como un papel y un estatus, como colocación en una estructura social. Para ambos, el trabajo crea un *ethos*, porque es el medio e instrumento para «ir más allá» de la realidad de una condición de vida no escogida, sino asignada por el caso y por el destino; el trabajo es lo que permite estar en el mundo como productores conscientes de un pequeño «más aún», de un pequeño «otro», que, aunque poco, cambiará el mundo, dejará huella. Es a partir de su condición de obrero que G. experimentó el paso de «oprimidos» a «libres». Es a partir de su condición de experto artesano que P. experimentó el pase de humillado a respetado. El trabajo, entonces, no sólo proporciona qué comer: a través de la fuerza y a través de la competencia, lo hace a uno digno.

El carácter proyectual y por lo tanto ético de la conciencia obrera es un tema demasiado conocido para que sea necesario insistir. En cambio, tal vez se deba recalcar, en la autobiografía oral de G., el propósito espontáneo e inmediato de esta dimensión, con una coincidencia que no necesita de mediaciones entre sujeto individual y sujeto colectivo, entre macroescala y microescala, entre conciencia madurada en la práctica y síntesis teórica elaboradas desde afuera y desde arriba. Se puede observar, de paso, que también un documento modesto, periférico y tardío, como esta autobiografía oral, contribuye a demostrar que la clase obrera fue no sólo una clase social, sino un sujeto colectivo en el sentido más estricto del término.

¹⁵ G. Angioni, *Il sapere della mano*, Sellerio Editore, Palermo, 1986, p. 18.

Además, la historia de G. da testimonio de otra dimensión, de otro proceso. En su historia hay por lo menos una individualidad fuerte, un individuo excepcional al cual él mismo se refiere como individuo, es más, como niño confianzado y lleno de admiración: *Tatonn'a furnara*, el *guappo*, el *masto* de Pozzuoli. Tatunno es un prepotente, un chantajista, un macho, un homicida y G. no lo niega. Pero, en la visión de G., Tatunno es un delincuente especial.

*...Este mandaba en Pozzuoli... todo era diferente entonces, los hechos que te conté... Era más una protección y luego eran hombres derechos que si firavano [tenían valor] también de appiccicarsi [enfrentarse abiertamente] y, cuando se hacía una cuestión, entonces no era como hoy que uno va a un portón, te dispara, te mata, y se acabó: no, ellos iban personalmente. Sucedió que algún puteolano [de Pozzuoli] se iba a algún pueblo, y por decirlo de algún modo nos levavano [robaba] los peces [que quería vender]: venía aquí e intervenía mi tío. Iba para allá con il calesse [un coche] y el caballo... iba con aquél otro jefe de sociedad de aquél otro pueblo y decía: *Stu povero guaglione s'é venuto a abbuscà i soldi [este pobre chavo vino a tomar el dinero que le toca por el pescado que se le sustrajo]. Entonces el jefe de allá decía «¿Sabes quien te robó estos peces?» y nos daban el dinero y tai vez algo más... Se hacían siempre buenas obras... Estos se ponían en medio, aparecían, actuaban, a veces hasta se sacrificaban... para hacer entender que habían satisfecho a la gente... En aquellos tiempos uno quería ser más fuerte que otro, quería mandar, pero no como se hace hoy, deshaciéndose de los otros: existía el respeto... aquélla era verdadera guapparia [honor mafioso]: un hombre de aquellos era capaz de moverse de una ciudad a otra, el riesgo se lo tomaba él, mientras que hoy es diferente: si tengo que decir una palabra a uno a mí me da miedo, ese me puede disparar desde de un coche, hoy.**

Para G. hay otro episodio digno de ser recordado en cuanto ejemplar: el equipo de futbol de Pozzuoli tenía que recibir en casa al glorioso Genoa [de Génova], pero los dirigentes del Pozzuoli no tenían en la caja dinero suficiente para pagar los gastos de la invitación y de la hospitalidad.

Se reunieron todos los guappi [mafiosos] de Pozzuoli, con la gente la hicieron ir al estadio para cobrar y para no quedar mal con ellos. No lo hacían para sí mismos, como hoy en día. Se hizo el juego, quedaron bien, hicieron la fiesta, pero cada uno pagó su boleto: también lo hacían para

el honor del pueblo, no hacían como hoy, que yo me llevo una cosa, me la guardo en la bolsa y me voy! (pp. 67-68).

No sorprende la idealización del *guappo* tradicional en un tipo de Robin Hood puteolano. El héroe orgulloso y valiente, generoso con los pobres y despiadado con los prepotentes, ecuánime e invencible, es un símbolo, es decir, una imagen de valores¹⁶ en el sentido más amplio del término. No es sólo que esta imagen regrese, articulada de los más diversos modos, en las representaciones colectivas de las sociedades marcadas por fuertes desigualdades, sino también por un potencial de cambio.

Lo que tal vez cause asombro es que un hombre politizado y sindicalizado, un obrero moderno como G. ceda al encanto de un proyecto de rescate tan «repolítico».

A esta pregunta Palladino propone una respuesta fundada sobre el análisis del contexto. Sugiere tener en cuenta la particularidad histórica de la clase obrera napolitana y meridional en general:

... en G. este tipo de actitud es consecuencia del tipo de tradición cultural que tuvo, que heredó. De hecho, aunque se haya madurado hasta la más moderna conciencia de clase, «el espíritu de revuelta» típicamente meridional se conservó. Ser compañero, «un verdadero compañero», para él quiere decir tener valentía de sobra (también para enfrentarse a las macanas de la policía en la calle), ser fuerte, leal, ser emprendedor, estar dotado de una carga de generosidad que se expresa en la solidaridad con los otros («uno no lucha para sí mismo, siempre para aquellos que vendrán después»). Pero entonces ¿no son estos los valores de la antigua guapparia? La brecha fundamental es que el honor y el prestigio no son ya categorías ligadas a un sujeto individual, sino colectivo: G. hizo así una verdadera transferencia de los caracteres del masto a la clase obrera puteolana, («Nosotros somos famosos en Pozzuoli por las luchas», «Pozzuoli tiene una historia», «Cuando se decía Pozzuoli se temblaba»); la clase obrera hija del pueblo (como hijo del pueblo era Tatonno) se rescata de su subalternidad con la fuerza que le viene del valor. El masto tiene obligaciones ligadas a su prestigio: así la clase obrera está obligada a tutelar todos aquellos (desempleados, subempleados, explotados) que no tienen la misma fuerza y que no logran, como ella, inducir el temor y el respeto que le vienen de su fuerza.

¹⁶ C. Tullio Altan, «Sullo specifico del simbolico», en *Metodi e Ricerche*, enero-junio 1990, pp. 3-58.

En las narraciones de las manifestaciones imponentes, en el orgullo que G. demuestra al describirlas, es patente el terror que tenía que infundir este aluvión incontenible, esta marea humana. El respeto viene del terror: el verdadero masto, el bueno, no recurre a la violencia, no la ama, a él le bastan las amenazas. La clase obrera no recurre a la violencia, se limita a marchar y a ocupar, cuando quiere algo: ella sabe hacerse respetar sólo con la amenaza.¹⁷

Como subraya Palladino, la identificación entre los valores de la *guapparia* «buena» y los de la clase obrera aparece del todo plausible, si se tiene presente la peculiar experiencia obrera en el sur. Aun siendo una clase minoritaria, no sólo con respecto al contexto social en su totalidad, sino también con respecto al conjunto de la población activa, la clase obrera meridional ha desempeñado el papel de polo de agregación ideal y política de todos los segmentos del proletariado meridional: éste era el nexo que unía, idealmente y políticamente, la masa de los desheredados meridionales (subempleados, desempleados, trabajadores sin contrato, etcétera) con aquel mítico norte (de Italia y de Europa), donde el trabajo era seguro, el pago bueno, los «derechos» respetados. Condiciones de minoría y responsabilidad de representación aclaran las raíces sociales de aquella autorrepresentación en términos heroicos que la clase obrera meridional da de sí misma en un personaje como G. Pero, lo que es importante subrayar es que el heroísmo, como él lo entiende, no consiste en *beaux gestes* individuales; el heroísmo que cuenta es el que se despliega como lucha obrera para crear un mundo más justo.

En la historia de P. la exigencia de «ir más allá» es más secreta, pero no menos fuerte e ininterrumpida. La señalan claramente las dos dimensiones dentro de las cuales organiza su propia historia: primero él es el heredero de una tradición ilustrada por varias generaciones de maestros artesanos: su padre y su tío; antes que ellos el abuelo; y aún antes, el bisabuelo. Por lo tanto, es el heredero de un legado y la garantía de una continuidad, en cuanto encargado de un saber que no tiene que perderse, que hay que cuidar e incrementar: él representa un puente entre el pasado y el futuro.

De hecho (y es éste el otro esquema dentro del cual su narración se organiza) él tuvo que prepararse gradualmente para esta tarea, a través de un largo aprendizaje («... a los doce años empezó a practicar un poco en el taller del abuelo, ayudándolo durante varias fases») pero también resistiendo no

¹⁷ Palladino, *op.cit.*, pp. 234-235.

justamente a tentaciones, ciertamente a dudas y a distracciones («... tenía dieciséis, diecisiete años, bueno, digamos hasta casi los treinta años se hizo esta pregunta: ¿hago esto o hago aquello? El carpintero o...? Me pongo a trabajar por mi cuenta o trabajo bajo la dirección del maestro?») y en fin tomando la decisión de «ponerse en propio», con la cual entra en la plenitud del papel, asumiendo cargas y responsabilidades. «Después al final salió esta idea de poner un taller propio. Y ahora después de diecinueve años... éste es y éste se queda. Si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría como lo hice» (p. 238).

Su tarea y su meta consisten de ahora en adelante en garantizar la continuidad y en conservar y mejorar la calidad del oficio. P. construye su autobiografía como una novela de formación, un recorrido orientado por un *telos*. Y al fin y a cabo él vive todo su trabajo como un «ir más allá», un superarse superando vínculos y dificultades.

Es un oficio puro porque si no eres un carpintero verdadero, no sabes hacerlo... lo tienes que aprender desde pequeño para poderlo ejecutar con armonía: porque también en la realización de una simple pieza, hay mucha dificultad para realizarla a regla de arte... Elección de la materia prima... tipo de elaboración... tipo de ensamble... tipo de acabado... brillantez... fin del trabajo... transporte, preventivo... complacer al cliente (pausa): no todos los oficios tienen esta característica... Es un oficio puro porque no puedes ser carpintero si no eres un carpintero (p. 239).

Para nuestros dos protagonistas, entonces, el trabajo funda un *ethos*.

El valor del tiempo

Cada quien a su modo, según su trayectoria, narra su pasado como una historia de realizaciones, conquistas, superaciones: como historias de vida vividas según sus valores.

Pero ninguno de los dos, de acuerdo, una vez más, cree en la posibilidad de que lo que creó se perpetúe en un futuro, y hablan del presente con términos empapados de melancolía. ¿Por qué? Ambos describen el presente como una situación en la cual se está rompiendo o se rompió la continuidad con el pasado; no puede por lo tanto darse ni siquiera un futuro: ya no hay un más allá donde mirar, no hay un futuro para los trabajadores que ellos fueron y que son.

G. habla de esto en pocas páginas por demás secas en el tono, casi reservadas, a las cuales regresa con una cohibida y fatigosa primera persona

del singular. No le preocupa la crisis de la industria metalúrgica, no piensa en despidos ni en las cajas de integración. Los temas de este discurso arisco y reticente son el partido y el sindicato.

El hombre que dijo «No se lucha por sí mismo, sino por quien viene después», constata ahora que:

Hoy es diferente, hoy me parece que no hay esta participación, entonces se sentía porque sufríamos toda una vida, la miseria estaba en todas partes y además se veían cosas que asombraban a la gente... hoy es diferente... entonces la huelga bloqueaba todas las cosas, mientras que hoy no. ¿Qué quieren, el partido socialista de entonces no es el de hoy? El partido socialista de entonces era un solo lenguaje, socialista, no era el mismo de hoy (pp. 73-76).

¿Aguanta G. la crisis de su horizonte, encuentra todavía una dimensión de valor? ¿O vive ya sólo de recuerdos? No, no sólo de esto. El tuvo la capacidad de reconstruirse a partir de los recuerdos y del legado moral que éstos le entregan, un nuevo papel. De esto no sabríamos nada si Palladino no hubiera sabido ganarse la confianza de las mujeres de la familia de G. En el transcurso de los años G. se volvió un padre muy severo con sus tres hijas, a las cuales impone horarios rígidos, prohíbe salidas y amistades y no escatima cachetadas si se da el caso. ¿Autoritarismo machista, compensación por las desilusiones que encuentra en la lucha políticosindical? Es posible. Pero una observación de la esposa sugiere una explicación más sutil y tal vez más convincente:

...el hecho es que esta es una familia, ...no es que fuera gente acomodada, al contrario, pero fue una familia muy distinguida en Pozzuoli por honestidad, como... gente renombrada, y iss chi 'o sape manch' i cani succedesse uno sgarro, [y él, si los que lo conocen, no quiera Dios, supiera que él sufrió una ofensa], es una vergüenza! Se sentiría mal... Como, ¿mi nombre ya no vale nada? ...no se explicarme, yo lo entendí (p. 135).

G. no vive de recuerdos: G. se construyó un papel de testigo, de un monumento viviente de la historia de aquellos valores colectivos de los cuales se sintió parte tan integrante, que pudo vivirlos todavía como actuales y presentes, de los cuales él mismo fue presente y combativo. La clase obrera de las grandes luchas, de las huelgas victoriosas, de los épicos enfrentamien-

tos callejeros, del rescate y de la justicia, no desaparecerá por completo. Singular metonimia, G. será la prueba viviente de su existencia.

G. busca los recursos psicológicos y las confirmaciones empíricas para anclar este nuevo papel que se asignó, en la zona privada, en la relación con su esposa y sus hijas, cuyo comportamiento se considera como una amenaza o un soporte potencial del honor, no sólo de G. en cuanto individuo, sino de G. como representante, parte de un todo, símbolo y testimonio de la «honestidad». Claro que es cosa reconocida desde hace tiempo que el honor de las mujeres sea un instituto cultural que sirve a los hombres para mostrar unos a otros su propia fuerza.¹⁸ Pero, la mezcla singular de sentimiento del honor y de conciencia de clase que aparece en la biografía de G. es algo más que un ejemplo de supervivencia: es un caso de hibridación.¹⁹

También P., aunque más joven que G. y no comprometido, como él, en una crisis general que toca tanto a las estructuras productivas como al horizonte ideológico al cual él pertenece, habla del futuro en términos negativos, desconfiados. Pero él también ha elaborado su luto. Por primera vez en su narración, una cuestión se manifiesta en términos colectivos y estructurales: aunque a él personalmente el trabajo nunca le ha faltado y no le falta; nos explica que el artesano está destinado a desaparecer.

¿Cuál es el futuro de este taller? El futuro de esta oficina es... aunque lo dije a regañadientes, es éste. Que enfrente de mi taller hay un verdulero, que se lanza a hacer de ropavejero, va recogiendo fierros viejos... cuando no pueda trabajar más, le cedo a él el taller por una canasta de manzanas! (larga pausa)... y esa es la realidad de los hechos! (p. 220).

Y, sin embargo, a él el trabajo nunca le ha faltado y no le falta... «Nunca ha habido tanto como para poderse negar, pero poco a poco, poco a poco, el trabajo nunca ha faltado» (p. 274). También en su caso, la confianza que Gaeta supo ganarse nos suministra informaciones que nos permiten analizar más a fondo el pesimismo de P. Sabemos que el hilo de la continuidad se quebró en el interior de su familia, en su misma casa. Aún antes de las condiciones del mercado, de la invasión de la producción en serie, del

¹⁸ A. Signorelli, «Il pragmatismo delle donne. La condizione femminile nella trasformazione delle campagne», en *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea*, vol. II, Uomini e classi, Marsilio Editori, Venezia, 1990, p. 647.

¹⁹ N. García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México D.F., 1989.

aumento de los costos, los factores de decadencia a los cuales él se refiere varias veces, lo que impidió a P. transmitir a la nueva generación su legado de saber, de habilidades, de creatividad, de especialización, es el defecto en la vista de su hijo. Pero P. no cuenta su dolor en estos términos. Por primera vez este individualista, este protagonista y artífice de su propio destino, explica su propia historia en términos de fuerzas externas que lo condicionan: la tecnología, el mercado, la producción en serie. También en su caso, más allá de la compasión humana, lo que impresiona a la antropóloga es la complejidad cultural del cuadro: si G., no «triunfando» en su tarea de padre vigilante, deja de sentir como fracaso su historia de obrero y de «compañero», P., para no tomar conciencia de su propio fracaso como padre, como reproductor, traduce el epílogo de una historia que hasta ahora narró como historia individual y familiar, a los términos de la crisis y de la pérdida de todo el sector productivo al cual él pertenece. El colectivista se redefine como individuo especial con una misión encargada; el individualista quiere perderse, desaparecer en un destino colectivo. También así de compleja es la complejidad.

Traducción del italiano: Franco Savarino y Elisa Drago.